

alcanzaba a tomar un cuarto para aislarse aún más. Sin JR, su vida se desmoronaba y se reducía a la nulidad. «JR está en actitud polémica, egoísta e irritable, me encuentro planeando el resto de mi vida egoístamente. Voy a tratar de disfrutar parte de lo que me queda de ella. Y de seguro quiero un cuarto para mí sola para hacer lo que me dé la gana...» (25 de julio de 1939).

La edición cuenta con notas de contexto, onomástico y una selección de fotos curiosas: verlo a Juan Ramón sonriente es una suerte de hazaña, lo mismo que posando ante un pizarrón donde luce, escrita en tiza y con caligrafía de modélica pulcritud, la letra del tango *Adiós muchachos*.

La novela de un literato 3, Rafael Cansinos-Assens, Alianza, Madrid, 1995, 388 páginas.

En los dos volúmenes anteriores, las memorias de Cansinos llegaban a 1923, año de la Dictadura. Con ella empieza esta tercera entrega, que alcanza hasta el estallido de la guerra civil. Escritor de oscura situación, supuesto erudito, traductor infatigable, Cansinos despierta la curiosidad que arrojó sobre él la admiración de Borges, tan adepto a exaltar a figuras menores como Evaristo Carriego, Almafuerte o Elvira de Alvear.

El espejo en que se mira Cansinos es el de la clase media pobre de la literatura, esa población de periodistas que aspiraban a publicar en la *Novela Semanal* o a estrenar alguna pieza de teatro o, al menos, un afortunado cuplé, con cuyas regalías mudarse de la Glorieta de Atocha a la calle Serrano. Una bohemia gris, de miserias más bien decentes, algo buscona y muy chismosa, detiene la morosa atención de Cansinos y rescata de la aniquilación a innumerables nombres como Artemio Precioso, José Mas, Julio Hoyos o José Sánchez Rojas. Se mezclan, sin mayor distinción, con los jóvenes Borges, García Lorca y Alberti. Y es lástima, porque Cansinos no era mal lector, si lo juzgamos por sus pantallazos de Gabriel Miró o Valle-Inclán. El revoltijo se debe a que le gustaba orillar ese mundo de pasajero relumbrón, la firma al pie, con sus matices de escándalo sexual que despertaba la homofobia cansina, según se ve en los casos de Hoyos y Vinent, Jiménez de Asúa o Victoria Kent.

Como archivo de noticias menores y olvidadas, el libro es útil al cronista de la vida literaria en el sentido más anecdótico de la expresión: lo que hacen los escritores todos los días, no lo que imaginan o piensan en sus momentos definitorios. Información sobre gentes, lugares o eventos, hay escasísima. A Cansinos le importaba, dentro de la gran ciudad, el arrabal de los pequeños letrados. Todo entra, finalmente, en la conjetura que es el universo, como acostumbra decir su admirador Borges.

El método formal en los estudios literarios, Mijaíl Bajtín (Pável Nikolaievich Medvedev), prólogo de Amalia Rodríguez Monroy, versión española de Tatiana Bubnova, Alianza, Madrid, 1995, 265 pp.

En los años veinte, el círculo de Bajtín produjo una serie de textos que, no obstante la diversidad de sus autores, fueron atribuidos al propio Bajtín por los investigadores del tema. La tendencia del sabio ruso a la retracción personal y el temor a las persecuciones inquisitoriales del régimen, hicieron que aceptara estos ocultamientos.

Ahora tenemos el texto de Medvedev-Bajtín en traducción directa del ruso. Ya ha circulado lo suyo y se lo ha asumido como corresponde, es decir como una relectura crítica de la polémica entre el formalismo y el sociologismo. Bajtín rebate a los formalistas (ya enredados en jugosas discusiones con Trotsky, cuando éste era aún la voz oficial comunista) afirmando que el puro formalismo es imposible: el lenguaje, por más que se lo quiera considerar como un sistema de relaciones (estructura) puramente formal, no lo es nunca, por su misma naturaleza. El lenguaje es siempre acto, situación en el mundo, opción valorativa, producción de formas genéricas, concepto. En pocas palabras: el lenguaje produce ideología aunque no lo sepa y aunque se trate de poner sus contenidos entre paréntesis. Todo texto propone un contexto, señala hacia afuera de sí y se constituye en un fenómeno social.

A su vez, la investigación de Bajtín acerca de las ambigüedades dialécticas del lenguaje, de su carácter íntimamente dialógico o polifónico, llevan a una utiliza-

ción del método que logra entreabrir el texto que lee, en lugar de cerrarlo como una estructura autosuficiente. La estética de la recepción y el deconstructivismo deben casi todo a Bajtín, que, a su vez, hace la crítica del sociologismo vulgar, que ve en el lenguaje una mera cámara de reflejos de la realidad, cuando, en rigor, tenemos lenguaje, precisamente, porque lo real nos resulta inaccesible.

Bajtín no rechaza radicalmente el formalismo. Hace su crítica, no su aniquilación. La propuesta formalista de constituir una ciencia de la literatura fue fecunda, aunque errada. La ciencia exige un objeto abstracto y constante, y un texto literario nunca lo es. Una ciencia del texto equivaldría a una consideración arqueológica del lenguaje literario. Y la lectura de los clásicos desmiente a cada rato esta pretensión. No por conocido, entonces, resulta menos oportuno este texto que, también él, quiere ser clásico y sumirse en el inestable y agitado flujo de la historia.

Sociedad, amor y poesía en la Grecia antigua, Francisco Rodríguez Adrados, Alianza, Madrid, 1995, 328 pp.

Los griegos (los griegos clásicos, los atenienses, con algunas reminiscencias homéricas, que es el mundo abordado por el autor) pensaron casi todo, pero, sin embargo, no hay entre nuestra palabra *amor* y el vasto vocabulario de aquéllos, una correspondencia exacta. Este ajuste/desajuste permite a Rodríguez Adrados un largo y complejo recorrido por las maneras de mencionar y de imaginar la relación amorosa, erotismo, afecto, devoción o mera locura, que el amor «moderno» retoma en el curso de una tradición inmemorial. Ya sabemos que la gente se ha amado siempre, pero lo que nos queda de esa gente y de sus amores no son sus sentimientos, sino algunas palabras por ellos provocadas. De modo que el amor, como todas las cosas humanas, acaba siendo una preocupación filológica.

El amor griego, en sentido amplio (no de mera especialidad erótica: amor a los efebos) es un estado de enajenación que nos disuelve como sujetos y nos conecta con la totalidad continua del cosmos. Es algo que nos ocurre de golpe y que vale como una posesión divina:

un dios se apodera de nosotros y somos él y no somos nosotros. Algo parecido al raptó de la inspiración poética. Entonces: ya los griegos vinculan el eros con lo sagrado y con la poesía. Y en ello seguimos.

En su momento, aparece Platón, el cual medita acerca del eros, no como plenitud, sino como fantasma de plenitud, o sea como carencia, como búsqueda de lo faltante en el otro. Y la inquietud correlativa: ¿buscamos lo otro o lo mismo en el ser amado?

Otro aspecto curioso del amor griego es su «moderno» sentido unidireccional. El amor es el sentimiento del amante, no la respuesta del amado. De alguna manera, el amor es más amor cuando no resulta correspondido, cuando el amado es objeto puro y pleno, encarnación perfecta del fantasma. El amor cortés, el amor romántico, las desventuras proustianas de Swann, estaban ya en la reflexión griega clásica.

Rodríguez Adrados, a la vez que precisiones conceptuales, hace un viaje filológico por incontables textos literarios y filosóficos, andando siempre de puntillas por esas palabras tan remotas y tan actuales, tan parecidas a las nuestras y tan sutilmente distintas.

In Nomine Dei, José Saramago, traducción de Basilio Losada, Ronsel, Barcelona, 1994, 207 pp.

Saramago es vastamente conocido como narrador y viajero. Menos, según parece, como dramaturgo y libretista de ópera. Con esta obra, ambientada en la Alemania del siglo XVI y sus guerras religiosas, sube a las tablas. La anécdota se sitúa en la ciudad de Münster, dominada por un concejo municipal de anabaptistas, que establecen la poligamia (la bíblica, entendámonos) crean cierto clima de fiesta y celebración en una ciudad sitiada por las tropas del emperador alemán. Derrotada y cruelmente reprimida, la sedición desaparece y la normalidad monogámica y municipal es restaurada.

Los vaivenes de este episodio y las discusiones teológicas que los arrojan, permiten a Saramago desarrollar una fábula pesimista en torno al carácter circular de la intolerancia humana. Los hombres se matan por palabras que consideran sagradas. Les (nos) bastaría mirar a los animales y aprender de ellos, que no castigan el

canibalismo ni el incesto, por ejemplo. Ni tienen lenguaje, sagrado ni profano. Pero, entonces ¿quedaría algo de la literatura de Saramago? Creo que esta final ironía es la que animó al escritor portugués a internarse, una vez más, en las peleas religiosas de la vieja Europa, que lo inquietan bajo diversas figuras: Jesucristo, la construcción de un monasterio barroco, la Reforma protestante.

Sepharden, Morisken, Indianerinnen und ihresgleichen. Die andere Seite der hispanischen Kulturen, editado por André Soll. Aisthesis Verlag, Bielefeld, 1995, 416 pp.

La cultura moderna española, que se forma en la baja Edad Media y llega hasta fines del siglo XV, es el resultado de un complejo mestizaje entre herencias latinas, ibéricas y góticas, entremezcladas con aportes judíos e islámicos. La imposición del absolutismo y la religión de Estado dejó en la negación y el silencio muchos de estos componentes, que reaparecen, por efecto de la represión, en expresiones de heterodoxia, marginalidad y diferencia. El profesor Stoll ha convocado a una serie de estudiosos para que desplieguen estudios monográficos en torno a estos fenómenos de la «otra» cultura hispánica, la que podríamos llamar discrepante u oficiosa.

Manifestaciones de culturas indígenas, visiones idealizadas o denigratorias del indio en la literatura del conquistador, los moriscos granadinos, las mujeres en la conquista, son algunos de los temas abordados. El elenco de colaboradores está integrado por Werner Kummer, Barbara Potthast-Jutkeit, Hans Haufe, María Concepción García Saiz, Javier Ortiz, Urs Bitterli, Gertrude Strohm-Katzer, Carl Hermann Middelanis, Elke Sengevald, Pino Valero Cuadra, Peter Strack, Rafael Gutiérrez Girardot y Monika Bosse.

Manuel José de la Quintana y el espíritu de la España liberal. Con textos inéditos, Diego Martínez Torrón, Alfar, Sevilla, 1995, 335 pp.

Continuando sus estudios sobre los comienzos del romanticismo español (ya son conocidos sus trabajos

sobre Lista, reseñados en estas mismas páginas) el profesor Martínez Torrón encara la figura de Quintana, escritor y político liberal que proyectó una entusiasta modernización de España que los hechos históricos fueron desmintiendo, pero que perdura como programa ideal del progresismo hispano del XIX, América incluida.

Martínez Torrón destaca que, tras el clásico trabajo de Albert Dérozier, poco se ha avanzado en los estudios quintanianos y, a pesar de admitir el magisterio del erudito francés, indica que conviene prolongar y completar sus investigaciones, sobre todo en cuanto a la actuación de Quintana en el trienio liberal y sus posiciones en relación con la independencia americana.

El rastreo bibliográfico de Martínez Torrón es muy minucioso y permite imponernos del estado de la cuestión. Aparte de ello, establece la hasta ahora ignorada autoría de Quintana respecto de una porción de los *Retratos de los españoles más ilustres con un epítome de sus vidas*, colección de monografías editadas entre 1791 y 1860, echando luz sobre esta traspuesta zona de la obra quintaniana.

La ciudad informacional. Tecnologías de la información, reestructuración económica y el proceso urbano regional, Manuel Castells, versión española de Raúl Quintana Muñoz, Alianza, Madrid, 1995, 504 pp.

La llamada revolución informática ha dado lugar a numerosas especulaciones acerca de si por sí misma significa una nueva era en la tecnología productiva, la cultura y hasta la historia humana. Castells propone prudencia al respecto, señalando que las transformaciones en el utillaje para acumular y procesar información, en realidad, constituyen una aceleración de un proceso inmemorial: achicar el espacio y el tiempo por medio de la comunicación del saber. En especial, Castells propone evitar las profecías y las proyecciones unilaterales de datos. Nuestras sociedades distan mucho de estar controladas por el Gran Hermano de Orwell, personaje visible y altamente ideológico, así como el trabajo en casa o teletrabajo es insignificante en el conjunto de la sociedad postindustrial estudiada por Bell, Touraine y Richta.